

DOMINGO VI.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS,
cap. 6. v. 3. II.

Hermanos: ¿No sabeis, que todos los que hemos sido bautizados en Jesu-Christo, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo: para que como Christo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre; así tambien nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con él á la semejanza de su muerte: lo seremos tambien á la de su Resurreccion. Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él, para que se destruido el cuerpo del pecado, y

despues de Pentecostes. 71
no sirvamos ya mas al pecado. Porque el que es muerto, libre está del pecado. Y si somos muertos con Christo: creemos, que juntamente viviremos tambien con Christo: Ciertos, que habiendo Christo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará mas de él. Porque en quanto al haber muerto por el pecado, murió una vez: mas en quanto al vivir, vive para Dios. Así tambien vosotros consideraos, que estais de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesu-Christo.

INSTRUCCION.

En la Epístola de este dia nos enseña el Apóstol las relaciones que tienen los Christianos con Jesu-Christo, y la Iglesia nos enseña tambien el uso que debemos hacer de todos los misterios de la vida del Salvador que en el discurso del año propone sucesivamente á nuestra meditacion. El Apóstol considera asimismo á Jesu-Christo en las

circunstancias mas interesantes de su vida mortal y gloriosa, y con este motivo nos enseña las obligaciones mas esenciales é indispensables del Christianismo. Por tanto debemos aplicarnos á estudiar estas lecciones teniendo presente que hemos sido con relacion al pecado hombres verdaderamente muertos, y que por medio de una vida santa, uniforme y perfecta, somos anunciados como los hijos de la resurreccion. La Iglesia, para que entremos al exámen de la impresion que han hecho en nuestros corazones los diferentes misterios que hemos celebrado, escoge este passage de la Epístola del Apóstol á los Romanos, como el mas propio para conseguir el fin: prestadme atencion.

El Apóstol nos manifiesta en el bautismo tres grandes misterios: primero, la muerte de Jesu-Christo figurada por la destrucción del pecado: segundo, la sepultura de Jesu-Christo, representada por la separacion total del mundo, que el bautismo impone al Christiano: tercero, la resurreccion de Jesu Christo, anunciada por la renovacion que se hace en el alma del que se bautiza. De estos tres grandes misterios deduce el

Apóstol conseqüencias ciertamente muy instructivas.

No sabeis que todos los que hemos sido bautizados en Jesu-Christo; hemos sido bautizados en su muerte? Este es el fruto de la muerte de Jesu-Christo que nos ha sido aplicado en el bautismo, y esta muerte que es la causa de nuestra vida, supone la detestacion y odio del pecado. En efecto, un Christiano debe aborrecer el pecado, separarse de todos los objetos que puedan seducirle, y vivir en una continua pelea contra todas las tentaciones. Para reconocer si tiene esta disposicion, y si cumple con la fidelidad que corresponde las obligaciones que se le han impuesto en el bautismo, debe exáminar si detesta realmente el pecado; si segun el precepto del Espíritu Santo huye del pecado como de una serpiente, y por conseqüencia de todas las ocasiones que se le presentan; y en fin, si quando trata de humillarse, y pedir perdón por sus faltas diarias, no se vale de pretextos ni excusas para disminuir la idea verdadera de ellas. De este exámen deducireis, hermanos míos, la conseqüencia de que esta muerte que impone el

bautismo á los Christianos es en muchos puramente imaginaria é ilusoria. Pero veamos pues si su sepultura es mas real. El Apóstol dice: porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo; para que como Christo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así tambien nosotros andemos en novedad de vida. Esta sepultura no consiste en otra cosa que en la separacion del mundo. En efecto, ¿qué cosa es un cuerpo en el instante que el alma le abandona? El hombre en este estado se queda inmóvil, y ya no experimenta aquellas sensaciones que quando disfrutaba de la vida. Esta misma es la situacion de un Christiano con relacion al mundo; y aunque vive en él, vive, segun la expresion del Apóstol, como si no viviese, y vive en una total abstraccion. El mundo tiene sus leyes, el Christiano no guarda ninguna: el mundo sigue el torrente de la costumbre, el Christiano se separa: el mundo busca la disipacion, los placeres, y la agitacion tumultuosa, el Christiano vive en el recogimiento y el retiro: el mundo escucha el language de las pasiones, el Christiano le sofoca para que

hable él de la virtud. En una palabra, el Christiano encerrado dentro de su propio corazon como en un sepulcro, no sale de él sino para dar pruebas de su perfecta resurreccion viviendo al exemplo de Jesu-Christo de una manera enteramente nueva. Este es el tercero y mas interesante de los misterios que el Apóstol San Pablo nos presenta hoy como la imágen de la vida christiana. ¿Pero qué cosa es andar, me preguntareis, en una vida nueva, y caminar al exemplo de Jesu-Christo? Es, hermanos míos, conservar con los pecadores aquellas relaciones que la caridad hace indispensables: probar con una buena conducta que somos verdaderamente de Dios: hacer del cielo el objeto habitual de nuestros deseos: practicar sin interrupcion las virtudes christianas: no participar en nada de las falsas alegrías del siglo, y substituir á ellas el gusto de la oracion, la asistencia frecuente á los ejercicios de la religion, y el amor de todas las buenas obras. Este, segun la bella comparacion del Apóstol, es el Christiano que ha sido inxerto en Jesu-Christo. Para conocer la fuerza de la comparacion, y sacar las consequen-

cias que se deducen de ella, es necesario suponer que una rama no saca su vigor y su fuerza sino del tronco en que ha sido inxerta, y que quando el jardinero escoge con todo cuidado y diligencia una pua sana y perfecta, debe esperar con fundamento que ha de producir abundantes frutos.

Jesu-Christo, hermanos mios, es el tronco, y nosotros las ramas; él es la cepa de la viña, y nosotros los sarmientos, ¿á quién podremos culpar si no llevamos dignos frutos de justicia? ¿Acusaremos á Jesu-Christo quando por espacio de treinta y tres años ha guardado constantemente la ley de su Dios? No, hermanos mios, culpemos á las ramas que son indignas de tal tronco; porque habiendo podido sacar de él todo el xugo necesario para producir abundantes frutos, han buscado en sí mismas su fuerza y su virtud. ¿Deberemos admirarnos pues de su esterilidad? ¿No traerán sobre sí con justa razon la maldicion del jardinero? ¡Ah que semejante es nuestra suerte á las de esas ramas malditas! Hagámonos, hermanos mios, semejantes á Jesu-Christo en su muerte y en su resurreccion, y no ol-

videmos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Jesu-Christo para que se destruyese el cuerpo del pecado y saliesemos de la esclavitud. Este es el precio de la muerte de un Dios: este es el efecto anunciado por el Profeta Daniel, quando dixo que la hostia debía ser inmolada para que se desterrase la iniquidad de la tierra, y la justicia ocupase su lugar.

Pero ya que se ha obrado esta mudanza por la muerte de Jesu-Christo ¿subsisten todavía entre los hombres los desórdenes y las injusticias? ¿Se observan por todas partes las leyes de la sabiduría y de la santidad? ¿El cuerpo del pecado está destruido? Para responder, hermanos mios, á estas preguntas, no consultemos á los enemigos de Jesu-Christo, es decir, á esos hombres que se hacen un Dios de su vientre: un ídolo de sus riquezas: una mansion de delicias de su destierro: un juego de su religion, y una ocupacion diaria de su sensualidad y sus placeres. Tales hombres hacen revivir el cuerpo del pecado, y crucifican á Jesu-Christo de nuevo; pero bien pronto tendrán su fin en una muerte eterna, y perece-

rá con ellos el pecado que la justicia de Dios permitió que subsistiese por un tiempo.

Si queremos, hermanos míos, asegurarnos de la destrucción del pecado, examinemos si hemos adoptado aquellos mismos medios que Jesu-Christo empleó para abolirlo, á saber: una vida santa é irreprehensible: una muerte violenta é ignominiosa: las máximas de la moral mas pura: los sacramentos de donde corren con abundancia la justicia y la santidad: una Iglesia siempre subsistente para iluminar á los que siguiendo las máximas de un mundo seductor pretenden separarse de su seno. Estas son las señales por donde Dios se da á conocer por enemigo del pecado; y si el pecado subsiste todavía, solo es en algunos miembros á quienes ha seducido la malicia de los pecadores. El cuerpo, es decir, la esencia del pecado, está destruido enteramente.

El que es muerto, prosigue el Apóstol, libre está del pecado; y si somos muertos con Jesu-Christo, creemos que juntamente viviremos tambien con Christo: ciertos que habiendo Christo resucitado de entre los muertos ya no muere;

la muerte no se enseñoreará mas de él. El objeto mas digno de la esperanza christiana, y el mas poderoso motivo de una santa emulacion es el de hacernos imitadores de Jesu-Christo en su muerte y en su sepultura, á fin de ser asociados á esa vida nueva donde la muerte ya no exerce su imperio. Sin embargo no debemos lisongearnos de este privilegio en esta vida. Quanto el Christiano es mas rico en dones de la gracia, tanto mas está expuesto á violentos ataques. El vaso donde se contiene su alma, aunque esté robustecido con los ejercicios de mortificacion y penitencia, siempre es frágil y quebradizo: no obstante hay una cierta estabilidad en el bien, la qual hace al Christiano desde esta misma vida conforme á Jesu-Christo resucitado. Si vive en una separacion total del pecado y del mundo; si no tiene con los malos otras relaciones que aquellas que la Providencia le prescribe; si huye cuidadosamente de los placeres del siglo, y si trabaja en la penitencia y en las buenas obras; se puede decir en un cierto sentido que la muerte no tendrá poder para dominarle. Importa poco que ella se esfuer-

ce para ganar su corazón, la penitencia y la vigilancia le quitarán el triunfo de las manos, y no pudiendo al cabo adelantar un paso á pesar de todos sus artificios, se verá confundida y derrotada.

El Apóstol acaba esta comparación con una exhortación muy sensible. Jesu-Christo dice: murió una vez por el pecado: mas en quanto al vivir vive para Dios. Así tambien vosotros consideraos que estais de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesu-Christo.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo no ha muerto mas que una vez por el pecado, y nosotros, segun el Apóstol, tampoco debemos morir mas que una sola vez tambien al pecado. Esta muerte se obra por el bautismo, y si alguno despues que ha recibido este Sacramento tiene la desgracia de caer en un pecado mortal, quebranta el precepto que le impone el Apóstol, porque restituye á la muerte un imperio de que le habia despojado la gracia de Jesu-Christo.

Si nosotros, hermanos míos, tenemos la desgracia de experimentar esta pérdida, debemos llorar amargamente

para expiarla. Si los pecados que se han cometido despues del bautismo excitan la ira de Dios sobre el Christiano, ¿quál será la suerte de aquellos que habiendo conseguido por la penitencia los efectos de un segundo bautismo, tienen la debilidad de reincidir en sus primeras faltas; de aquellos que en alguna manera se familiarizan con la muerte eterna, exponiéndose á ser sus tristes víctimas? ¿Podrán decir que son imitadores de la muerte y de la resurrección de Jesu-Christo?

¡Qué terrible, hermanos míos, es el pecado de reincidencia! Por tanto debeis concluir con el Apóstol que la obligación de un Christiano es vivir para Dios en nuestro Señor Jesu-Christo, esto es, hacer de Dios el objeto de su amor y el fin último de todas sus obras: detestar todo aquello que condena la ley: practicar lo que manda: seguir constantemente los principios inmutables de santidad, de justicia y de bondad esenciales al mismo Dios: tributar á su nombre en pensamientos, palabras y acciones aquellos homenajes que debe esperar el Criador de la criatura; en una palabra, poner toda la diligencia

posible para alcanzar una perfeccion proporcionada á la fragilidad de su naturaleza. Esto es lo que el Apóstol llama vivir para Dios; pero vivir en nuestro Señor Jesu-Christo es tomarle por modelo : seguir su Evangelio : esperar-lo todo de su gracia : solicitarla con oraciones freqüentes : atraerla con la práctica de la humildad : conservarla con la vigilancia : aumentarla con la participacion freqüente de los Sacramentos : en una palabra, mostrarse Cristiano en la paciencia, en la dulzura y en el desprendimiento de las cosas sensibles.

Esto es en compendio lo que nos prescribe la Epístola de este dia. Debeis por tanto meditarla con toda atencion para que sea la regla de vuestra conducta. Entónces vivireis en Dios por Jesu-Christo en la tierra, y reynareis con Dios por Jesu-Christo en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MARCOS,
cap. 8. v. 1. 9.

En aquellos dias como el pueblo hubiese concurrido otra vez en grande número, y no tuviesen que comer, llamando Jesus á sus discípulos, les dixo: Compasion tengo de estas gentes: porque tres dias ha que están conmigo, y no tienen que comer: Y si los enviare en ayunas á su casa, desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de léjos. Y sus discípulos le respondiéron: ¿De dónde podrá alguno hartarlos de pan aquí en esta soledad? Y les preguntó: ¿Quántos panes teneis? Ellos dixéron: siete. Y mandó á la gente que se recostase sobre la tierra. Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y dió á sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyéron entre la gente. Tenian tambien unos pocos pececillos: y los bendixo, y

mandó, que tambien se los distribuyesen. Y comiéron, y se hartáron, y alzaron de los pedazos que habian sobrado, siete espuestas. Y eran los que habian comido como quatro mil: y los despidió.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo penetrado segunda vez de las necesidades de un pueblo numeroso que le seguia para oírle, obra en su favor un milagro portentoso. En otra ocasion le vimos saciar el hambre de cinco mil almas en la montaña, y hoy le vemos reiterar este prodigio con mas de tres mil que le siguen en el desierto.

A primera vista parecé que son idénticas las circunstancias de uno y otro suceso, y que por lo mismo no necesitan de explicacion particular; pero como entre todos los milagros de la vida de Jesu-Christo, es éste el mas propio para probar su Divinidad, demostrar su misericordia, y justificar la con-

ducta admirable de su providencia con sus criaturas; no será fuera de propósito el ofrecer á vuestra consideracion algunas breves reflexiones que darán lugar para sacar nuevas conseqüencias, y bendecir y cantar la infinita bondad de nuestro Dios.

Sigamos pues hoy á Jesu-Christo en el desierto. Por una parte el pueblo que le sigue, y que le oye, nos enseñará de la manera que debemos servirle, y por otra el interes que toma en sus necesidades, y los recursos de que se vale para socorrerlas, reanimarán nuestra confianza y nuestro amor. Esforcémonos por tanto, hermanos míos, para meditar todas las circunstancias de nuestro Evangelio, á fin de deducir las verdades que contiene; pero para esto debeis purificar el corazon, y prestar á la palabra divina el respeto y docilidad que ella exige de los Christianos.

Aunque Jesu-Christo tomando carne humana quiso humillarse, y anonadarse; de quando en quando, y en la misma humillacion que quiso constituirse dexaba entreveer ciertos rasgos de grandeza y de gloria. Una muchedum-

bre prodigiosa de milagros confirmaban su divinidad, y el Evangelio nos dice, que por donde quiera que pasase dexaba señales de su bondad y misericordia. Tal era la fama que llegó á tomar por todas aquellas regiones, que inmediatamente que llegaba á un pueblo se le presentaban los enfermos confiados en que su presencia sola bastaba para curar todas sus dolencias. No habia necesidad que por su mediacion no tuviese pronto remedio. Estas señales tan sensibles de su beneficencia eran ocasion de que muchos dexasen sus hogares, sus familias y ocupaciones para seguirle, sin atender á la intemperie, ni á los trabajos que debian pasar por caminos ásperos y fragosos: hoy nos dice el Evangelio que le siguió un numeroso pueblo en el desierto.

Notad, hermanos míos, que el interes es el móvil de casi todas estas gentes. Aunque la moral que Jesu-Christo predicaba era tan pura, tal vez si no la hubiera confirmado con sus milagros, se hubieran manifestado indiferentes; pero como cura las enfermedades y alivia todos los males, le si-

guen sin reparo. Sin embargo hay algunos que no se mueven por el interes, y que dexándose llevar de la sublimidad de su doctrina, se olvidan de que Jesu-Christo es el hijo del hombre, de quien estaba escrito que no tendria donde reclinar su cabeza. Nosotros, hermanos míos, ¿imitamos este pueblo? Ya que por fortuna ha penetrado el Evangelio por todas las regiones de la tierra, y que los adoradores del verdadero Dios no están reducidos solo á la Judéa, sino que se extienden desde el uno al otro polo; ya que nos ha enriquecido con los sacramentos, y que todos los dias nos dispensa tantos y tan singulares beneficios; ya que estamos unidos todos á Jesu-Christo por los vínculos de la caridad, y que tenemos una doctrina pura, con la qual se nos dan los medios de alcanzar la bienaventuranza, ¿correspondemos á estos beneficios? ¿Es la santidad de la doctrina quien nos mantiene en el seno de la Iglesia, ó acaso los motivos particulares de interes? Ah, ¡ cuántos la abandonarían si su interes no se lo impidiese! ¿No quedaria desierta, ó reducida á muy cor-

to número si arrojásemos de ella á todos los que solo tienen el exterior y la corteza de la piedad, y que no practican la virtud sino por miras humanas y de ambición?

Jesu-Christo, hermanos míos, no reconoce por suyos sino á los que le sirven con sinceridad y desinterés, y así se ve en el suceso de este día. En otras ocasiones no busca los enfermos para curarlos, sino que aguarda que se los traigan. Tampoco indaga y previene las necesidades para socorrerlas. Algunas veces lo difiere, por un tiempo para experimentar la fe de los que imploran su protección; pero ahora sin esperar que este numeroso pueblo se tome la molestia de pedir, llama á sus Apóstoles para consultarlos el medio de satisfacer su hambre.

La conducta de Jesu-Christo con este pueblo sin duda es admirable; pero también es muy de notar la que tiene con los Apóstoles. En aquel momento que destina para obrar el milagro los llama y consulta. ¿Pero este Señor tenía por ventura necesidad de consejos? ¿Podía esperar algún auxilio de unos hombres impotentes pocos días

antes para lanzar un demonio del cuerpo de un niño? ¿Jesu-Christo les pregunta quando sabe que solo le han de responder con dudas y dificultades? No es, hermanos míos, la necesidad de socorro quien obliga á este Divino Salvador á convocar á sus Apóstoles. Si los llama, es para instruirlos, y enseñarlos que el espíritu de su vocación es un espíritu de dulzura y de misericordia: que por consecuencia si se tienen por discípulos suyos deben interesarse en las necesidades de su próximo, y que será muy difícil de otra manera llegar á penetrar las perfecciones de todo un Dios.

¡Ojalá, hermanos míos, que esta lección que da hoy á sus Apóstoles, no sea un terrible cargo para vosotros! ¿Podrá conformarse su espíritu con las divisiones, y las querellas que reynan entre la mayor parte de los Christianos? ¿Autoriza su espíritu esos resentimientos que dividen entre sí los miembros de un cuerpo que deberían estar unidos con estrechos vínculos de caridad? ¿favorece esa dureza, esa frialdad é indiferencia que ostentan la mayor parte de los hombres en las mi-

serias del pobre? ¿Cuál será el espíritu que os anima, Christianos, si tan contrario es á vuestras disposiciones el espíritu de Jesu-Christo? ¿Quereis conocer este espíritu? Escuchadle, y fijad vuestra consideracion en sus obras. Compasion, dice, tengo de estas gentes, porque tres dias ha que están conmigo, y no tienen que comer. Ellos me han escuchado con toda la atencion posible, y lo han abandonado todo por seguirme. Si los enviase en ayunas á su casa, desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de léjos.

Reconozcamos, hermanos míos, la conducta de Dios para con nosotros en estas palabras de Jesu-Christo. Admiraremos sus favorables disposiciones para este pueblo; pero no paremos aquí toda la consideracion. Exâminémonos á nosotros mismos, y meditemos las bondades de nuestro Dios.

Consideremos que aun ántes de tomar la resolucion de representarle nuestras miserias, ya tiene adoptados los medios de aliviarlas. Su misericordia y su indulgencia se contenta con qualquiera disposicion de nuestro co-

razon, y con tal que sea recta y sincera, se dexa obligar hasta de los menores sacrificios y esfuerzos. Aunque ve la distancia infinita que separa su Magestad de nuestra bajeza, no por eso dexa de oirnos. Si resistimos sus llamamientos, no se cansa su paciencia, y á medida que son mayores nuestros pecados, y que procuramos alejarnos de su mano, exercita mas su misericordia, y manifiesta mas solitud para remediar nuestras necesidades.

En el Evangelio de hoy además de las instrucciones que dá á sus Apóstoles, quiere tambien experimentar su fe; pero estos hombres tantas veces testigos de sus prodigios, y que jamas habian carecido de las cosas necesarias para la vida desde que tomáron la resolucion de seguirle; considerando ahora con tanta desconfianza como admiracion el numeroso pueblo que habia venido con ellos, le dicen: ¿de dónde podrá alguno hartarlos de pan aquí en esta soledad?

Confieso, hermanos míos, que es muy de admirar que los Apóstoles no hubiesen conocido aun toda la sensibilidad del corazon de Jesu-Christo, y

la extension de su poder; pero hay una cosa que debe admirarnos mucho mas, y es, que experimentando nosotros todos los dias los efectos de este poder, vivamos sin embargo en una desconfianza criminal sobre los milagros que obra, y en una desconfianza mas criminal todavía de los socorros que debemos esperar. Esto es lo que nos conduce necesariamente á resistir sus designios y su voluntad.

Para que los Christianos calmasen todas sus inquietudes y temores, seria de desear que traxesen á la memoria con frecuencia la conducta y las disposiciones favorables de Jesu-Christo con este pueblo; pero ved la sabiduría con que prepara el milagro, y la prudencia con que se acomoda al estado de debilidad de sus Apóstoles; ¿ cuántos panes teneis? les pregunta: ellos dixéron: siete. Aquí tenemos, hermanos míos, el fundamento para deducir consecuencias de mucha importancia. En esta pregunta nos enseña Jesu-Christo, que no será una excusa legítima á sus ojos el dexar de socorrer á nuestros hermanos, á pretexto de no tener bienes sobrados. A la verdad vivimos en

un siglo en el qual se ponen tan pocos límites á lo necesario, que no es de admirar que con grandes riquezas apenas puedan soportarse los gastos de una casa por lo comun excesivos y superfluos. Escuchad esto, ricos: Dios os ha constituido por dispensadores de los bienes que ha puesto en vuestras manos, y si los convertis en lisonjear vuestro orgullo, y en satisfacer todos los antojos y apetitos que produce el deseo del placer y de la conveniencia, os tratará como á disipadores, y os impondrá penas terribles.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo no pregunta á sus Apóstoles si tienen mas panes que los que necesitan para su propia subsistencia. Esto seria manifestar en algun modo desconfianza de su poder, y así dispuso que la gente se recostase sobre la tierra; y tomando los siete panes, y dando gracias, los partió, y dió á sus discípulos para que los distribuyesen.

Una de las causas que contribuye para hacer criminal la posesion de las riquezas, es nuestra falta de reconocimiento al Señor que se ha dignado concederlas. Quizá los ricos dexarian de

vivir en el pecado si traxesen á la memoria los fines á que estan destinados sus bienes. Si los pobres tienen un derecho á esperar el reyno de los cielos quando sufren su miseria con paciencia, tambien lo tienen los ricos por medio de su gratitud y liberalidad; y así cada uno puede fundar sus pretensiones con justicia. Dios no quiere ni la pérdida del rico, ni la del pobre; y aunque en el Evangelio maldice con frecuencia á los ricos y poderosos del siglo, esto no se entiende quando contribuyen con sus bienes á la gloria de Dios, á la edificación de sus hermanos, y á su propia santificación. Por tanto deben los ricos recibir con reconocimiento los bienes que Dios les concede por un efecto de su bondad; y de esta manera conociendo la desproporción que hay entre Dios y las riquezas, detestarán el afán y la solicitud que han empleado para adquirirlas, al mismo tiempo que han mostrado la mayor indiferencia por el bien supremo. Entónces les parecerán las pérdidas ménos sensibles, y descargados del peso peligroso que los oprimia, caminarán con mas agilidad por el camino de la salvacion. Entónces sa-

carán de estas riquezas mismas abundantes recursos de salud, y restablecerán los derechos que podian mirar como perdidos. Tales son, hermanos míos, las importantes lecciones que nos dá Jesu-Christo dando gracias á su Padre.

El Evangelio dice que partió el pan, y le dió á sus discípulos para que lo distribuyesen, y en esto los quiso dar tambien una importante leccion, asociándolos á las obras de misericordia. Vosotros, hermanos míos, debeis imitar este exemplo. Quando por un efecto de compasion quereis remediar las necesidades de vuestros hermanos, dispóned que vuestros hijos y domésticos sean los inmediatos dispensadores; y de esta suerte los ireis acostumbrando poco á poco á conocer sus obligaciones, y viendo por sí mismos las necesidades del pobre, tomarán interes en su socorro. Esta leccion es muy importante. Quando tenemos una idea vaga de las miserias, solo manifestamos una compasion estéril; pero quando nos acercamos á la habitacion del infeliz, y le vemos constituido en un estado deplorable, rodeado de hijos hambrientos

y desnudos, la naturaleza misma á vista de tales objetos nos mueve á compadecerlos.

Los discípulos cumpliendo con las órdenes de su Maestro distribuyéron el pan entre la gente, y asimismo unos pocos pececillos que tenían, y comieron y se hartaron, y alzaron de los pedazos que habian sobrado siete espuertas.

¿Será posible, hermanos míos, que al oír este prodigio nos llenemos de admiracion, y no consideremos tantos otros que la Divina Providencia obra diariamente á nuestra vista? ¿Por ventura se necesita ménos poder y bondad para fertilizar nuestros campos, y para reproducir cada año los frutos que necesitamos, que para hartar tres mil hombres en un desierto? El grano de trigo que se deposita en la tierra, y produce ciento por uno ¿será ménos milagroso que estos siete panes que sacian el hambre de esta multitud? San Juan Chrisóstomo considerando los discursos de los hombres faltos de fe, decia á sus oyentes en una ocasion: vosotros mirais con envidia la felicidad de esos hombres que fueron testigos de los mi-

lagros de Jesu-Christo, y quisierais haber vivido en aquellos felices tiempos en que el Señor daba tantas pruebas de su bondad. Algunas veces abandonais vuestras familias, pasais los mares, y empredeis largos y penosos viages para visitar aquellos lugares en que se obraron tantos prodigios, y teneis la mayor satisfaccion quando os dicen: aquí curó un leproso: allí resucitó un muerto: en este lugar libró un endemoniado: en este camino recobró la vista un ciego; á la orilla de esta piscina dió la salud á un paralítico de treinta años: sobre esta montaña multiplicó los panes y satisfizo el hambre de un pueblo numeroso. Confieso, hermanos míos, que nó es facil visitar estos lugares que Dios hecho hombre honró con su presencia, sin que se llene el alma de un gozo indecible; pero consideremos que su poder y su misericordia no se limitó á aquellos tiempos; y sin buscar tan léjos unos prodigios de que ya no queda mas que la memoria, admiremos los que obra á nuestra vista, y solicitemos la curacion de nuestras propias enfermedades. Si teneis fe, lo conseguireis todo, hermanos míos.

¿Qué importa que el demonio os tenga presos con las fuertes cadenas del pecado, si Jesu-Christo tiene poder para romperlas? Si por desgracia estais ciegos, Jesu-Christo os alumbrará con la luz de la verdad mucho mas excelente sin duda, que la que recibió el ciego con tanto reconocimiento. Si vuestros crímenes os han quitado la vida del alma, la voz que en un dia hará salir del sepulcro á tantos muertos, penetrará en vuestro corazon para resucitarle: Si el hambre espiritual os mortifica, no será ya un pan material el que multiplique para alimentaros, sino que se dará él mismo como un alimento incorruptible. El pan de los Angeles se multiplica diariamente sobre nuestros altares, y Jesu-Christo á la voz de los Sacerdotes se hace un alimento de nuestras almas. Comparad pues, hermanos míos, estos prodigios con los que el Divino Salvador obraba en los dias de su vida mortal, y reconoceréis la distancia infinita que hay de unos á otros.

Esta es la exposicion mas sencilla que puedo hacer del Evangelio de este dia: meditad sus conseqüencias. Si ten-

mos fe, recibiremos con reconocimiento los bienes que nos concede la Providencia, y con resignacion las aflicciones y las penas que nos envia: estudiaremos con toda atencion la conducta y los designios que tiene con nosotros: sabremos corresponder á sus cuidados con nuestra docilidad, la referiremos nuestros talentos y nuestras obras, como que es el principio y fin de todas las cosas; en fin esperaremos de Dios todos nuestros méritos y virtudes, como que es el origen de ellos en el tiempo, y que los ha de recompensar en la eternidad. Así sea.